

Muñeca de trapo

Eran las tres de la tarde de una siesta de verano. El cuarto estaba húmedo y fresco, mientras que un poco de luz ingresaba por los agujeros de la persiana y el ventilador de techo liberaba una melodía que me llevaba a la calma, casi tanto como la voz de mi bisabuela, que recostada en la cama de al lado me contaba historias.

- ¿A qué jugabas cuando eras chiquita, nona? - le pregunté. Así es como la llamaba, siendo una de mis palabras (y personas) favoritas.

Ella con sus ojos cerrados, ya habiendo perdido la visión pero viendo todo tan claro por dentro, y una media sonrisa que adornó sus frágiles verrugas, me respondió:

- Con muñecas de trapo, mijita. Yo misma las hacía.

Un mundo nuevo descubría en mi imaginación, pensando a mi nona pequeña como yo, divirtiéndose y viviendo con poco, para ser mucho, mucho como lo era para mi.

Siempre recuerdo las siestas compartidas con ella, en las que tantas enseñanzas decoraron nuestra habitación compartida. Pero fundamental y particularmente esta historia, porque al crecer muté a una muñeca de trapo.

Mis venas se convirtieron en hilos, mientras que las agujas se quedaron atascadas en mi corazón. Mis brazos y mis piernas de tela, frágiles ante cualquier brisa del viento, no podían andar por las calles con firmeza. Mi cabeza de algodón, era bollitos de pensamientos interminables y penetrantes. Mis ojos, dos botones invalidados para llorar. Mi boca, cuatro cruces con ansias de gritar. Y mi alma... mi alma era de trapo.

De trapo, pisoteado y mojado. Escurrido y tirado. Fue tal la mutación que por poco, no me convertí en mi propio muñeco vudú.

Hasta que un día aparecieron aquellos rizos blancos como la nieve convertidos en palabras, que corrían intensamente como ríos y brotaban de mi mano izquierda transformándose en versos. Era mi nona inspirando mis hilos, los que poco a poco, despacio y sin prisa, comenzaban a brillar como la luz, luz que tomó por completo cada retazo de mis telas, volviéndolas carne y hueso otra vez.

Peor mi alma siguió siendo de trapo. Un trapo que aprendí a amar, como materia prima de las muñecas de doña Enriqueta. Lo decoré con flores amarillas y lo sumergí en tecito de manzanilla. Y así, fueron desapareciendo las marcas de las pisadas y las escurridas, sanando desde el recuerdo y haciendo fuerte lo sensible.

Esta es la historia de cómo decidí reivindicar a las mujeres de mi linaje desde nuestros dolores hambrientos de amor y colmados de redención.

Porque como mi nona hizo con sus manos su propia muñeca, jamás dejaré de hacer poesía con mi alma de trapo.

